

EL ECO DE CARTAGENA.

Martes 25 de Mayo de 1880.

EL ARBOL ANTROPÓFAGO.

El célebre naturalista Darwin ha llamado recientemente la atención acerca de la existencia de dos ó tres especies de plantas carnívoras que se apoderan de los insectos, y se alimentan con sus pétalos, chupando toda la sangre y los dejan con la piel desecada. Esas plantas pueden sostenerse también con trozos de carne que se pedazan con la misma voracidad. Pero por interesantes y por extraordinarias que sean esas flores, no pueden en manera alguna rivalizar con un árbol que se encuentra en la isla de Madagascar, y que es capaz de apoderarse y absorber animales de gran tamaño, tales como el mono, y hasta hombres y mujeres cuando se arriesgan á escalar sus ramas y subir hasta su cúspide.

El Mundo, periódico inglés de Nueva York, publica acerca de esto interesantes detalles, facilitados por un explorador de aquella isla, y cuyo resumen es el siguiente:

El árbol es adorado por una tribu de aborígenes, llamados mkodos, que no permiten que se le haga el menor daño por ser un árbol dedicado. De la misma manera que la *Drosera rotundifolia*, la más común de las plantas carnívoras descritas por Darwin, expele un fluido viscoso que la ayuda á apoderarse de su víctima; el árbol en cuestión produce cierta cantidad de fluido espeso, de propiedades embriagadoras, y que los naturales del país beben con gran delicia.

Los mkodos constituyen una raza completamente primitiva; van desnudos, apenas se relacionan con las demás tribus, y no tienen más religión que la del culto que profesan al árbol sagrado. Habitan en cavernas variadas en las rocas calcáreas de sus montañas. Es una de las razas más pequeñas que se conocen, pues la altura de sus individuos no excede de 56 pulgadas. En el fondo de aquellos valles, situados á 400 pies sobre el nivel del mar, y cerca de su extremo oriental, hay un pequeño lago cuyo diámetro es de cerca de una milla. El agua sale por un pequeño canal tortuoso, atraviesa una selva negra, y se desliza por entre los juncales á la sombra de mágicas palmeras. Hacia el lado Sur, un pequeño sendero conduce al centro de aquella terrible selva, que parece impenetrable. Nuestro explorador, acompañado de un amigo, se aventura por aquel camino, y no tardan en ver á sus espaldas una banda de mkodos, hombres, muje-

res y niños que le gritan: ¡Tepe tepe!

Nuestros viajeros se detienen, y ven entónces no lejos de las orillas del canal el más extraño de los árboles.

Voy á intentar su descripción, dice el narrador. Figuraos una inmensa piña de América de ocho pies de altura y grueso proporcionado, pero sin ninguna hoja, y tendréis una idea de lo que es el tronco del árbol, cuyo color no es el de la piña, sino más bien un negro sucio, y que probablemente es más duro que el hierro. De la cúspide de este cono truncado, cuyo diámetro es por lo ménos de dos pies, salen ocho hojas, que llegan hasta el suelo; estas hojas, que en su nacimiento y á intervalos proporcionales son muy delgadas, pueden tener diez y doce pies de longitud y se parecen bastante á la *baga americana*; su grueso es de unos dos pies por tres de ancho, y acaba en punta aguda, convexa en su exterior y ligeramente cóncava en la parte interna, que está provista de fuertes pinchos semejantes á los del cardo, que gan sin apariencia de vida, son de color verde oscuro y se parecen á la corteza de la encina. La cúspide del cono es redonda, blanca y de forma cóncava, como si hubieran puesto un plato pequeño dentro de otro grande. No es una flor, sino una especie de receptáculo destinado á recibir un líquido claro, viscoso, que sabe á miel y está dotado de las mayores propiedades embriagadoras y soporíferas.

De los rebordes del plato mayor, si se me permite hablar así, se escapa una multitud de renuevos largos, velludos y verdes, de unos siete á ocho pies de largo, terminados en punta.

Encima de estos retoños y en el espacio comprendido entre ambos platos, siguiendo la comparación, crecen sus verduguillos verticales, que se agitan y retuercen con una agilidad maravillosa. Delgados como raíces y ligeros como una pluma no dejaban de tener unos cinco ó seis pies de altura, y sus movimientos eran tan constantes y vigorosos, y tan siniestro el silbido que producían con su volteo, que no pude dejar de estremecerme, ni de imaginar que eran serpientes despelljadas que bailaban sobre sus colas.

Ahora voy á describiros el trágico suceso de que no tardamos en ser testigos. Los salvajes interrumpieron nuestra exploración lanzando gritos lúgubres y entregándose á una danza desenfrenada al rededor del árbol, acompañados de himnos propiciatorios.

Los cantos y gritos son cada vez más salvajes; rodean á una de las mujeres, le empujan con la punta de sus jarelijas y la obligan á subir

á la cúspide del árbol y sentarse sobre el cono, en medio de los verduguillos, que se agitan á su alrededor. La desesperación se pinta en su rostro; los hombres le gritan ¡Tich, tich! (¡bebe, bebe!)

Por fin, se resigna á beber el líquido viscoso en una copa, y en seguida se levanta con un frenesí salvaje que trastorna su rostro y agita todo su cuerpo; pero al caer al suelo, como parecía ser su primer intento, el espantoso árbol que parecía inerte y muerto, recobra su vida salvaje. Los verduguillos, tiernos y delicados con el furor de la serpiente hambrienta, envuelven en un abrir y cerrar de ojos la cabeza de la víctima, y como movidos por un instinto demoníaco la sujetan fuertemente por el cuello y los brazos; entónces, mientras los gritos horribles y la risa todavía más horrible de la víctima se hacen cada vez más salvajes, los renuevos, uno tras otro con una energía y con una rapidez increíbles, se levantan y rodean el cuerpo de la infeliz, con la cruel tenacidad de las serpientes cuando se encarnizan en su presa.

A su vez las grandes hojas se levantan poco á poco, como las vergas de un navío, se acercan unas á otras, envuelven el cuerpo de la víctima y le aprietan y le estrujan como una prensa hidráulica. Poco después por entre la base de esas hojas que se apretaban mutuamente, vi filtrar el líquido viscoso mezclado con sangre y las entrañas de aquella desgraciada.

Al ver esto, las hordas salvajes que estaban junto á él se precipitaban aullando á lo alto del árbol, y con sus copas, sus manos y sus lenguas recogían aquel líquido y lo bebían con delicia.

Después de esto tuvo lugar una repugnante orgia, de carácter grotesco é indescriptible: aquellos bárbaros, después de las convulsiones y del delirio, no tardaron en caer en las más completa insensibilidad. Mi compañero me arrancó de aquel sitio para sustraerme á tan horroroso espectáculo, que no deseo volver á ver.

Esta es la descripción de un testigo ocular acerca de la muerte de una mujer, llevada á cabo por este árbol casi fabuloso, que es lastima que se encuentre en un país tan lejano y tan poco conocido como la isla de Madagascar.

C. R.

Miscelánea.

Los periódicos franceses de estos días vienen ocupándose de un partido de billar extraordinario verificado en París, tanto por la celebridad de

los contendientes (M. Vignaux, francés, y M. Slosson, norteamericano) como por el número de carambolas que habían de hacer y las grandes apuestas que se han cruzado.

Las condiciones eran las siguientes:

La partida era de 4.000 carambolas, que se habían de jugar por cinco sesiones. Cada sesión consistía en jugar 800 carambolas hasta el día siguiente, viviendo á comenzar el jugador á quien le tocara tirar.

Si el que había hecho las 800 primeras carambolas hacia otras tantas estaba nuevamente la lucha hasta otra sesión, y así sucesivamente, á menos que el otro jugador no hiciese sus 800 carambolas correspondientes, más las que le faltasen del día ó días anteriores.

En las cuatro primeras sesiones ha hecho M. Vignaux siempre sus 800 carambolas, quedándose, por consiguiente, muy atrás M. Slosson.

Hé aquí cómo describe *La Liberté* del 16 del corriente, la quinta y última sesión:

«El partido de billar que comenzó hace ocho días en la sala de Crenorme (Paris), concluyó ayer á las doce y cuarto de la noche con la brillante victoria de M. Vignaux.

Es imposible describir la emoción que reinaba en la concurrencia á las diez de la noche.

El ángel del silencio se paseaba por la sala; sólo se oía la voz del pinche que cantaba los tantos y el ruido que producían á cada choque las bolas de marfil, y era porque aquella sesión era la decisiva.

El campeón francés tenía más de 2.000 carambolas de ventaja sobre su adversario Slosson; pero á la tercera tirada hizo el jugador americano una serie de 350 carambolas.

Vignaux á su vez no hizo sino 16. Slosson continuó y ejecutó rápidamente 237 seguidas, después 105 más Vignaux no se acobarda; tiene seguridad de ganar. Pero dan las diez, y Slosson comienza una serie que nunca se acaba; el pinche canta 800, 900, 1.000, 1.100 (los que habían apostado en contra tiemblan los entrañados). . . el mozo canta 1.103 seguidas . . . y el americano erró . . . (los contrarios respiran.) Después de dos ó tres golpes, Vignaux cobra ánimo y termina, en medio de aplausos, con una serie de 243, habiendo derrotado á su terrible contrario con una ventaja de 882 carambolas.

REMEDIO CONTRA EL OIDIUM.

Para preservar la viña de esta terrible plaga se ha empleado hasta ahora el polvo de azufre. Este tratamiento, como preventivo, no tiene toda la eficacia que fuera de desear,